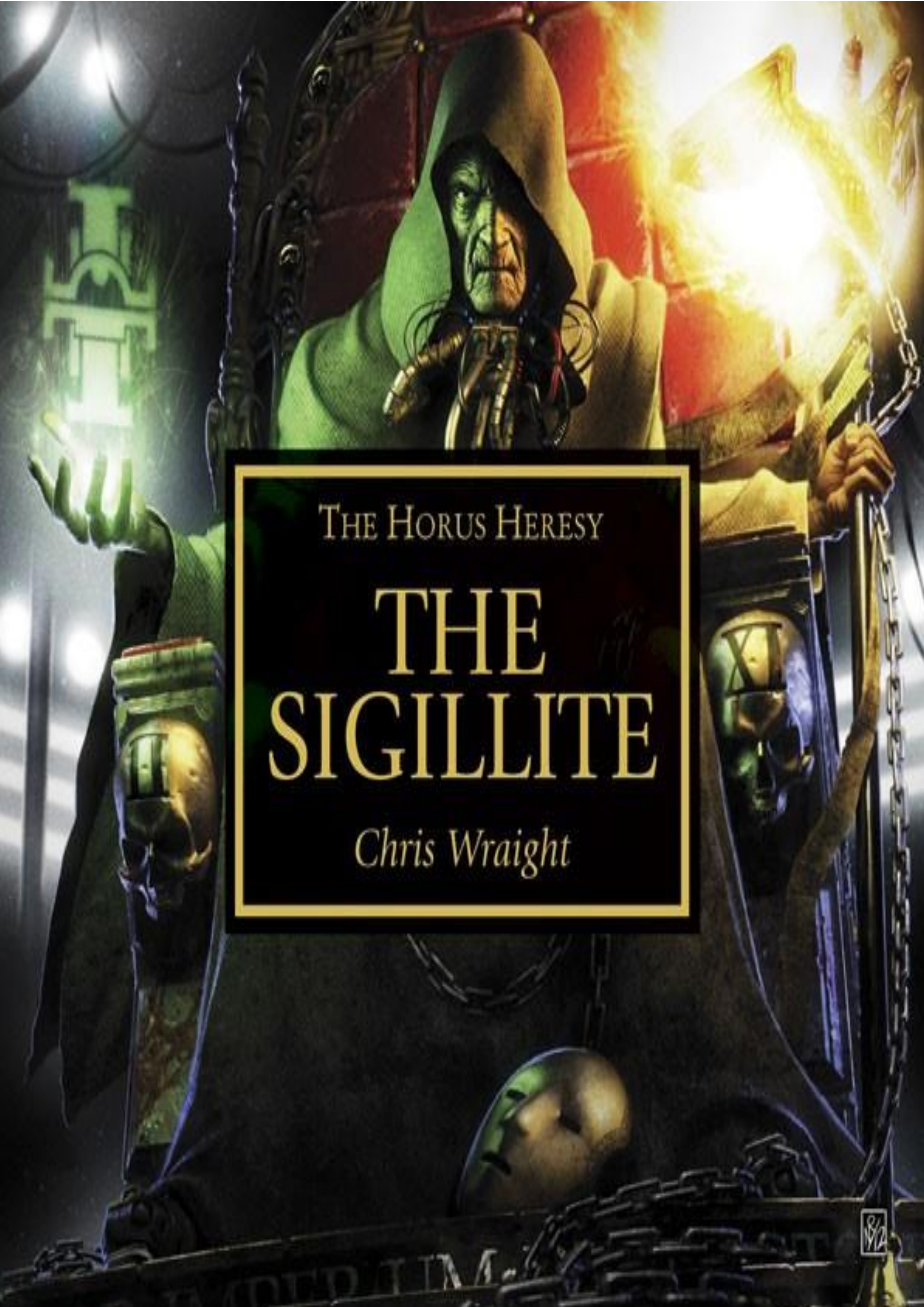

THE HORUS HERESY
THE SIGILLITE
Chris Wraight



LA HEREJÍA DE HORUS

EL SIGILITA

CHRIS WRAIGHT

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Personajes Imperiales

KHALID HASSAM	Capitán de la 4ª Clandestina Orta
FAROUK	Miembro de la 4ª Clandestina Orta

Consejo de Terra

MALCADOR EL SIGILITA	Regente y Jefe del Consejo de Terra

Khalid Hassan estaba sentado en la antecámara, intentando no sudar, intentando que no le temblasen las manos, intentando no hacer nada que pudiera traer más deshonor a su rango y regimiento. Se forzó a permanecer quieto, con la espalda apoyada contra la pared de mármol pulido. Apoyó las manos en los muslos, sintiendo bajo las palmas el tejido de los pantalones de su uniforme de gala. El alto y rígido cuello le irritaba la piel recién afeitada.

Se sentía ridículo. Limpio y decorado y almidonado como una comida viviente presta a ser servida en algún banquete profano.

—Esto es absurdo. No me sentía así durante la misión.

Se obligó a apartar de sí aquel pensamiento y a centrarse en su situación actual, a repasar sus opciones.

—Mantente firme.

La antecámara era amplia, una en la serie de opulentas habitaciones que había atravesado. Lo había acompañado un hombre vestido con un atuendo negro y unos zapatos aterciopelados que se movía tan silenciosamente como un gato. Aquel hombre no había dicho nada, se había limitado a dirigirle unas miradas inescrutables desde los ojos que asomaban bajo unos pesados párpados. Lo había dejado en aquella última habitación con una ligera reverencia, retirándose tan ágilmente como había aparecido, cerrando tras de sí dos puertas paneladas de bronce con el suave clic de un cerrojo. Otro par de puertas idénticas permanecían cerradas en la pared opuesta.

De acuerdo con el cronómetro chapado en oro sobre la chimenea que había en la pared frente a la que estaba sentado, Hassan había permanecido allí solo durante siete minutos. Y le habían parecido una eternidad.

Al menos el ambiente era agradable. El aire era fresco y puro, y se filtraba a través de las contraventanas. Hassan podía oír el lánguido gorgoteo de una fuente en el jardín del patio exterior. En la pequeña mesa que había en el centro de la habitación

descansaba un aguamanil de plata, una toalla y un sencillo vaso de cristal tallado que brillaba en aquella suave luz.

Hassan no los había tocado. Había permanecido sentado en aquella rígida postura desde que el sirviente felino le había ofrecido asiento. Se había dedicado a observar el juego de la luz del sol a través de las celosías, a oler el aroma floral sobre las maderas y los tejidos, a escuchar la suave melodía del agua de la fuente.

Lo había contemplado. Incluso si aquella era la última cosa que contemplaba, al menos lo había hecho. ¿Cuántos podían decir lo mismo?

Había contemplado la visión del Emperador inmortal, el trabajo de artesanía de miles de arquitectos, la obra maestra de las defensas del primarca Rogal Dorn. La vista desde la lanzadera que lo había llevado hasta allí había sido extraordinaria, magnífica: una fantasía de piedra y adamantio, de granito y oro. Las torres defensivas irguiéndose junto a observatorios y terrazas de jardines; baterías de misiles y masas de búnkeres surgiendo de entre los altos pilares de las bibliotecas; bruñidos monumentos erigidos al orgullo y la ambición de la humanidad, todo ello alzándose bajo el azul del cielo sobre los picos del Himalazia.

En aquel momento, perdido en el corazón de su inmensidad, escuchando el sonido relajante del agua, podía repasar los eventos de los últimos días.

El capitán Khalid Hassan de la 4.ª Clandestina Orta, el más condecorado de los oficiales de su regimiento —un hombre entregado a su deber tan completamente que no tenía familia ni vida fuera de él— contemplaba, con cierta fatalidad, el fracaso que lo había llevado a Palacio.

El aire era caliente y estaba saturado de un polvo que cubría por completo su armadura —las placas negras acorazadas, el casco cerrado con un visor opaco, los tubos de la mascarilla, la unidad a su espalda con control de presión interno—. Los filtros estaban perdiendo eficiencia, y podía escuchar el eco de su propia pesada respiración a través de los auriculares.

Delante de él, borroso por el filtro de visión nocturna, podía ver el recinto alzándose entre la oscuridad y la arena. Era feo, achaparrado y pesado: un bastión de defensa muy al estilo de Gipto. Unas cuantas luces parpadeaban en la negrura;

todo lo demás era sombrío, lúgubre, rodeado por una pared sólida a lo largo de su perímetro lo bastante ancha como para que dos hombres pudiesen caminar sobre ella uno al lado del otro.

Hassan permanecía tumbado, notando el roce de la tierra del inhóspito desierto contra su armadura. Apoyó los codos en la pequeña duna frente a sí. Unas pequeñas lentes magnoculares descendieron en el interior de su casco y se ajustaron automáticamente sobre sus ojos. Movió la cabeza apenas una fracción, recorriendo la muralla. Cada detalle era grabado y cruzado con las referencias del esquema cargado en la unidad cogitadora de su traje de combate.

Torres de láseres, dos metros fuera de su posición. Corregido. Centinelas visibles, moviéndose dentro de los límites del perímetro. No nos han descubierto. Suprimió una sonrisa. Ni lo harán.

Oyó a Farouk arrastrarse hasta su posición, cuerpo a tierra igual que él.

—Sólo dé la orden, capitán.

—¿Están todos en posición?

—Están listos.

Hassan cargó los datos revisados en las unidades tácticas de las escuadras. Quince iconos de confirmación aparecieron en la pantalla del casco. Cambió la imagen a un plano aéreo que mostraba la posición de sus hombres: situados alrededor del perímetro en grupos de cinco hombres, todos todavía a cubierto.

Dos de los tres equipos estaban cerca del lado más alejado a la posición de Hassan: su objetivo, las torres de defensa aérea y los generadores de los escudos. Sus armaduras, indetectables para los sensores, los mantendrían ocultos, al menos hasta que irrumpieran en las instalaciones.

—¿Y qué estamos haciendo aquí, capitán?

Hassan dejó escapar una seca risa.

—¿Ahora? ¿Me preguntas eso ahora?

—Sé que no me lo vas a contar.

Hassan ladeó la cabeza.

—Ya sabes cómo es esto.

Todos sabían cómo era. Así funcionaban las unidades clandestinas: órdenes restringidas, misiones especiales, operaciones fuera de la cadena de mando imperial. A Farouk eso siempre lo enervaba: había sido trasladado de un regimiento regular del Ejército Imperial y estaba habituado a una forma menos furtiva de guerra.

En cuanto a la misión, el mismo Hassan sabía muy poco. Las órdenes habían llegado al centro de mando del regimiento seis días antes bajo fuertes medidas de seguridad. Lo habían sacado junto a sus hombres de su patrulla rutinaria por las colmenas Collovis. Desde que la insurrección había comenzado, la actividad subversiva había sido endémica en los grandes núcleos de población. Hassan incluso había oído rumores sobre un grupo de legionarios que habían escapado de una prisión, aunque eso no podía creerlo. Siempre había historias inventadas sobre aquellos superhumanos blindados con sus servoarmaduras; mucho más desde que las noticias acerca de la locura del Señor de la Guerra se habían propagado.

En cualquier caso, Hassan nunca había depositado demasiada fe en los marines espaciales. Tenían una reputación bien ganada, cierto, pero dudaba que la mitad de lo que se decía de ellos fuera cierto. El Imperio lo habían levantado mortales, hombres y mujeres comunes, billones y billones de ellos, luchando en pos de un futuro libre de los horrores de la Vieja Noche. Los monstruos mejorados genéticamente no tenían sitio en ese futuro: eran herramientas torpes y brutales, y su tiempo pasaría. Lo que dejaría vía libre a otras armas más sutiles.

Consultó su cronómetro.

—Moveos.

Aún fuera de su alcance visual, vio las runas que indicaban las posiciones de los otros equipos moverse silenciosamente por la pantalla de su casco.

Farouk seguía a su lado, inmóvil. Tras él, el resto de su propia escuadra permanecía a cubierto. Hassan notó cómo su pulso se aceleraba mientras contaba los segundos que quedaban.

—Vamos.

Se incorporó, avanzando agachado a campo abierto. Escuchó las suaves pisadas de sus hombres a su espalda. Se alejaron de la duna y corrieron hacia las murallas.

Mientras corrían, la tierra súbitamente se sacudió con una serie de intensas explosiones que llegaban desde el otro lado del recinto. El cielo nocturno se iluminó, rojo e iracundo. Los focos de luz se encendieron, seguidos de las ensordecedoras sirenas de las alarmas de intrusos.

Los centinelas del muro frente a ellos desaparecieron del borde de los parapetos, atraídos por las detonaciones en el lado opuesto de las instalaciones.

Hassan alcanzó la base del muro y preparó los garfios.

—Demasiado fácil —dijo Farouk cuando se situó a su lado.

—Hasta ahora.

Hassan entrecerró los ojos y apretó el gatillo. La cuerda se alzó rápidamente. Tras tirar de ella y comprobar que se tensaba, comenzaron a escalar.

Pronto los cinco alcanzaron la parte superior del parapeto y prepararon sus armas, fusiles de proyectiles tan estilizados, negros y perfectamente acabados como el resto de su equipo. Para cuando los centinelas los descubrieron fue demasiado tarde: unos disparos precisos brillaron en la noche.

Más explosiones recorrieron el complejo bajo ellos. Una lluvia de chispas amarillas brilló intensamente en la distancia, haciendo que el aire adquiriera un aroma de ozono.

—Primer generador fuera.

Hassan gruñó. Farouk era un buen soldado, pero a veces sus comentarios tácticos eran innecesarios.

—Concentrémonos en nuestra tarea.

—Como digas.

El recinto que se extendía bajo su posición era un complejo de hangares y búnkeres de rococemento, todos ellos feos, oscuros y cubiertos de la arena que traía el viento. El fuego se extendía por los que estaban en la parte más alejada, donde las cargas incendiarias que habían colocado los otros dos equipos habían estallado.

Hassan podía ver las siluetas de los guardias cruzando los espacios abiertos, sus movimientos precipitados y poco coordinados. Seguían intentando reforzar la pared norte, donde habían hecho obvia la infiltración.

Hasta entonces, todo bien.

—Ese es nuestro objetivo —dijo Hassan apuntando a uno de los búnkeres.

Se movieron por el parapeto hasta situarse sobre él. Era un edificio sin ninguna marca especial, uno entre una docena de formas y tamaños similares.

—Vaya cosa más fea —dijo Farouk.

—Y será más fea aún en un minuto. Guarda silencio.

Uno a uno, se descolgaron hasta el suelo. Siguieron corriendo agachados. Tres guardias más cayeron antes de que llegaran a su destino. Cuando alcanzaron las sombras de la entrada del búnker se detuvieron, casi como si se hubieran vuelto parte de ellas.

Las puertas del búnker estaban cerradas y aseguradas. Hassan colocó seis cápsulas de hiperácido a lo largo de su superficie, y todos se apartaron.

Al detonar las cargas las gruesas puertas de metal se disolvieron en un nube vaporosa y espumeante. Hassan escuchó unos breves gritos ahogados cuando los guardias al otro lado inhalaron la mezcla tóxica de plastiacero derretido y compuestos químicos volátiles; salvo por aquello, la brecha había sido casi silenciosa, enmascarada por el ruido continuo de explosiones y disparos que llegaban de la pared norte.

Todo lo que quedó fue un hueco dentado y humeante cuyos bordes se derretían en alargadas lágrimas.

Hassan se puso en pie. El interior del búnker los esperaba, negro como la tinta y con el hedor del metal y la carne derretidas.

—Adentro.

Y entrasteis.

Hassan apartó de su mente aquellos recuerdos. No podía ver a quien había pronunciado aquellas palabras. Se peguntó si habría sido el mismo hombre que lo había conducido hasta la antecámara.

Al mirar al frente se encontró con que las segundas puertas estaban abiertas. No había sido consciente de cuando se habían abierto, su mecanismo debía de estar extraordinariamente pulido.

Se puso en pie con cierto embarazo. Podía notar las manchas de sudor bajo las axilas y alrededor de su cuello, y esperó que no fueran visibles. Notó las piernas rígidas, como si hubieran olvidado cómo andar.

Cuando atravesó las puertas, se encontró en una amplia cámara iluminada por la luz del sol. Una de las paredes consistía completamente en un ventanal. Las montañas surgían majestuosas en el horizonte, brillantes bajo aquella blanca luz.

El suelo era de parqué encerado. El ecléctico mobiliario salpicaba su interior: un armario Louis Canz aparecía junto a un litoproyector de la Era de la Unidad, entre óleos de Hjourt y una vitrina que contenía unas piezas de cerámica de un valor

incalculable. Casi le recordó al nido de una urraca. El escondrijo de un coleccionista. Ostentoso, dadas las circunstancias.

Hassan estaba solo. La habitación estaba en silencio. Las puertas se cerraron tras él, moviéndose tan silenciosamente como se habían abierto. Por un momento se quedó inmóvil, escuchando solamente el sonido de su propia respiración, preguntándose si las cosas que estaba viendo a su alrededor eran reales.

Quizá es una prueba. Quizá le estaban mostrando una última vista de la gloria antes del final.

Hassan sabía que podían pronunciar su veredicto en cualquier momento. Ya les había dado toda la información de la que disponía. Había sido muy cuidadoso al respecto, asegurándose de que cada detalle era correcto. En su fracaso no pretendía excusarse. Ese había sido siempre su camino: el de la honestidad, incluso en la desgracia. Tales, por supuesto, eran los valores del Imperio, los pilares en los que siempre se había basado su lealtad.

El tiempo pasaba. Nadie más entró en la habitación. Hassan empezó a desprenderse de aquella sensación de aprensión. Caminó hasta el ventanal y descansó los dedos sobre el cristal. La vista que se extendía era un vertiginoso panorama de la zona oeste del Palacio.

Tanto oro. Tanto de todo.

Inmensos emplazamientos de artillería caían como cataratas en medio de cúmulos de torres delgadas como huesos. Colosales contrafuertes surgían de las entrañas de las montañas, masivos y eternos. Incluso las profundas alteraciones de Rogal Dorn a las murallas externas no habían sido capaces de robarle toda la antigua e innata belleza al Palacio.

Mirando toda aquella vastedad, era difícil no sentirse profundamente insignificante. Aquellos muros habían perdurado siglos. Y perdurarían por mucho más: un faro de esplendor en medio de un Imperio de exaltación de la humanidad.

Yo lo prefería como era antes de que Rogal comenzara su tarea.

La voz vino de ninguna parte. Hassan se giró sobre sí mismo, recorriendo con la mirada toda la cámara.

Seguía solo. La voz parecía surgir del aire a su alrededor, resonando en las maderas de los muebles y hundiéndose en el tejido de las alfombras.

—No puedo veros.

No, todavía no. No puedo estar en todas partes a la vez. Pero de esta manera ahorraremos tiempo. ¿Eso te incomoda?

—En absoluto —mintió Hassan.

Bien. Sigue contemplando la vista. Recuérdala. Con cada día que pase será un poco más fea, un poco más raída. Como nosotros, ¿verdad?

Hassan volvió a encarar el ventanal. Se preguntó si su interlocutor podía verlo. Asumió que sí, aunque no podía estar seguro. Proyectar aquella voz era algo trivialmente simple; aquella teatralidad debía de ser parte de su proceso.

No eres un hombre dado a la frivolidad. Eso es lo que todos los informes dicen de ti: serio y diligente. Puedo sentirlo en tu interior yo mismo. Eres la personificación de todo lo que el Emperador aspira a instilar en la humanidad. Estaría orgulloso de ti, creo, si estuviera con nosotros.

La voz no sonaba altiva, a pesar de que Hassan pudo percibir la aspereza propia de alguien que llevara eras ostentando autoridad. Y creyó percibir algo más: un ápice de compasión y de resignación.

—Lo único que he pretendido siempre es servir.

Lo sé. Pero ahora estás aquí, conmigo, en este lugar. Lo que hayas sido en el pasado, lo que hayas hecho en el pasado, éste es el momento del juicio de todo ello. ¿Sabes quién soy, capitán Khalid Hassan?

—Creo que sí, señor.

Soy el juez. Soy el escriba del Imperio, el evaluador de su océano de almas.

Hassan no comprendía por qué le estaban diciendo todo aquello. ¿Jactancia? Posiblemente, pero no sonaba como si lo fuera. Casi sonaba a sarcasmo; un sarcasmo seco y autoconsciente.

Soy el Sigilita. Soy el regente de Terra. Bajo mis órdenes se sella el destino de un millón de mundos. Y sin embargo aquí estoy, conversando contigo mientras miras por la ventana y desapruebas mi colección. La vida está llena de sorpresas, ¿no es cierto?

Hassan se descubrió asintiendo.

—Lo está, señor.

¿Y sabes por qué estás aquí?

—¿Por lo ocurrido en Gipto?

Correcto. Piensa, Khalid. Piensa en lo que hiciste allí. Estaré contigo en breve. Para cuando llegue quiero saberlo todo.

Las luces se habían fundido. Hassan ajustó con un parpadeo la visión nocturna de su casco y avanzó con cautela.

El búnker se extendía bajo el nivel del suelo. Un pasillo central lo recorría en toda su longitud —unos cincuenta metros—, y a ambos lados se alineaban pequeños habitáculos, cada uno de ellos tras una puerta cerrada.

—¿Tenemos algo? —susurró Farouk—. No hay ninguna señal de vida por aquí.

—Todavía no.

La escuadra siguió avanzando. Hassan no oía nada salvo los sonidos amortiguados de la batalla exterior. Las otras escuadras estaban haciendo un buen trabajo atrayendo la atención sobre ellas, pero sólo podrían concederles una ventana muy corta para operar.

Activó el auspex de proximidad que tenía adaptado al dorso de la mano y vio, con cierto alivio, la runa que indicaba la posición de su objetivo.

—Tercero a la derecha.

Hassan avanzó hasta un par de puertas correderas unos treinta metros más adelante.

Dos de sus soldados permanecían en la entrada del búnker, escondidos en las sombras, con las armas listas para evitar cualquier intromisión. Hassan había descendió hasta allí con Farouk y el tercer operativo. Por un momento le pareció percibir un zumbido, como estática. Se detuvo.

—¿Oyes eso?

Farouk lo miró.

—¿Qué?

—Nada. Un fallo del sensor.

Llegaron a la cámara. Estaba cerrada y asegurada como las demás.

—Atrás.

Hassan sacó otra cápsula de hiperácido de su cinturón. Al moverse oyó un golpe secó seguido de un zumbido de aire rancio. Hassan giró sobre sí mismo, apuntando con una sola mano.

—¿Qué…?

Se detuvo al ver la figura de su compañero de escuadra en el suelo.

—¡Contacto!

Farouk abrió fuego. Unas líneas parpadeantes de balas brillantes como el hielo se repartieron por el corredor, tintineando y fragmentándose sobre el metal de las paredes.

Hassan se unió a él, descargando su arma contra la oscuridad. Aquel espacio confinado les devolvió la cacofonía de aquella tormenta de disparos.

—¡Alto el fuego!

Los últimos ecos de la andanada murieron. El búnker volvió a hundirse en la oscuridad. Hilos de humo ascendían de los agujeros de los impactos que habían abierto en el suelo.

Farouk colocó un nuevo cargador en su fusil.

—¿Qué era eso?

Hassan aún no veía nada en el detector de movimiento.

—Ni idea. No he llegado a distinguir nada.

Hassan bajó la vista al cuerpo caído del tercer soldado. Un corte limpio y profundo le recorría la garganta. La sangre bajo él era oscura y espesa.

—Quieto. Mantengamos la posición.

Su mente se preguntaba frenética cómo algo podía haberse acercado tanto sin que lo registraran sus escáneres.

—Quítate el visor.

—¿Qué? Eso es una locura.

—Hazlo —ordenó quedamente Hassan.

Se llevó una mano al casco y apretó el botón de cierre del visor: al desplazarse suavemente al interior del casco el zumbido electrónico de los sensores cesó, y notó

el aire caliente y polvoriento contra su cara. Privado de los falsos colores de la visión nocturna todo era negro. Aun así no encontró rastro alguno de la cosa que los había atacado. Se sintió vulnerable: casi ciego, encerrado bajo tierra con algo que no podía detectar.

Oyó el visor de Farouk que se abría.

—Perfecto. Ahora estamos ciegos —susurró Farouk.

—Cuando todo falle… —Hassan cogió una bengala de mano y la encendió— usa los ojos con los que naciste.

Arrojó la bengala al corredor, oyendo cómo rebotaba en las paredes. Al alcanzar el suelo se encendió del todo, arrojando su fulgor rojizo sobre las superficies a su alrededor. En el breve intervalo de tiempo que duró antes de consumirse Hassan vio algo oscuro y agachado diez metros más abajo, apoyado contra una de las paredes. Tenía forma humana y llevaba algún tipo de armadura reflectora de sensores, cubierta de nodos y cables plateados como venas.

Un instante antes de que la bengala se apagase la figura se apartó de la pared y cargó hacia ellos.

—¡Fuego!

El enemigo cargó contra su posición avanzando entre las líneas de fuego con una velocidad increíble. Farouk lo alcanzó en la placa de la armadura sobre su hombro izquierdo, pero eso no lo detuvo.

—¡Acaba con él!

Hassan retrocedió sin dejar de disparar, intentando alcanzar la imprecisa figura de su atacante. Vio unas garras de acero brillar en la oscuridad, desgarrando la coraza de su compañero como si fuera de papel. Farouk gritó.

—¡Farouk!

Hassan se acercó a ellos, en el momento en que escuchó cómo el percutor de su arma golpeaba en el vacío.

El enemigo se giró y lo miró en medio de los resplandores de los disparos de Farouk. Hassan pudo percibir unos ojos enrojecidos de pupilas dilatadas por las drogas de combate en medio de una piel tensa. Sin pensar arrojó la cápsula de hiperácido que aún aferraba con la mano a aquella cara.

Los gritos fueron horrendos, una mezcla de gruñidos animales y gorjeos agónicos. El olor de la carne derretida inundó el corredor, acompañado de salpicaduras sanguinolentas cuando el ácido alcanzó y devoró las arterias.

Hassan arrastró el cuerpo de Farouk lejos de su atacante. Éste se apartó de ellos, intentando aferrarse la cara que se le desintegraba. Cuando cayó, estremeciéndose, su cabeza y su cuello medio consumidos humeaban y burbujeaban.

Hassan se dejó caer de rodillas, respirando pesadamente. Los dos hombres que había dejado en la entrada llegaron en ese momento. Se quedaron mirando el cuerpo retorcido del asesino enemigo y luego a Farouk.

Farouk tosió, salpicando de sangre la armadura de Hassan.

—¿Cómo de malo? —preguntó el capitán cerraba de nuevo su visor.

—Significativo —contestó Farouk.

Hassan notó en sus brazos que a Farouk le costaba moverse. A duras penas podría luchar mucho más.

—Ya casi hemos terminado —Hassan dejó con cuidado el cuerpo de Farouk en el suelo y se acercó a las puertas selladas—. Dentro de poco saldremos de aquí.

Hassan colocó una carga. Los cuatro apartaron la vista de la puerta, y la granada de fragmentación estalló, abriendo un agujero dentado en el metal.

—Esto los habrá alertado —dijo Hassan mientras recargaba y se acercaba a la entrada volada—. Hagámonos con el objetivo y salgamos antes de que nos cojan.

Hassan no se había dado cuenta de cuándo el Sigilita había entrado en la habitación. Un momento estaba solo y al siguiente estaba mirando directamente a un anciano que se apoyaba en una vara.

Se recobró lo más rápido que pudo.

—Discúlpame por tenerte esperando, capitán. Lord Dorn no destaca por su brevedad.

Hassan cruzó las manos a su espalda pero se mantuvo en posición de firmes. Podía sentir cómo se aceleraba su pulso en las venas del cuello. Algo en el hombre que tenía frente a sí lo inquietaba. Sintió un inexplicable deseo de apartar la mirada.

El Sigilita era delgado. Su espalda encorvada lo hacía parece bajo, y por la manera en que sus manos agarraban la vara parecía que la necesitase como apoyo. Y a pesar de toda la aparente fragilidad de aquel hombre, Hassan sintió el silencioso poder que emanaba de él, tan profundo y frío como una sima.

No lo oculta. Podría destruir todo cuanto nos rodea con un mero gesto.

El Sigilita alzó una mano huesuda hasta su capucha y echó hacia atrás la prenda. Una vieja cara emergió, reseca y recorrida por profundos surcos. Los huesos se marcaban bajo la piel apergaminada, pronunciados como en un retrato del hambre. Pero sus ojos estaban intensamente vivos, aquellos profundos y penetrantes ojos que se movían afilados como los de un ave rapaz. Aquellos ojos atraparon por un momento a Hassan. Sintió cómo la boca se le secaba.

Entonces el Sigilita lo liberó de su mirada. Caminó hasta alcanzar un diván bajo y se sentó. Sus movimientos eran vacilantes, como los de alguien que ha sido entrenado hasta la cima de la perfección física pero que ha sufrido una herida terrible. Era una visión extrañamente conmovedora.

Malcador se recostó. Su cara gris se relajó por una fracción de segundo, sus enjutos rasgos se distendieron. Dejó la vara a un lado y descansó las manos en su huesudo regazo.

—Siéntate.

Hassan hizo lo que le ordenó, acercándose a una silla de cuero situada frente al diván. Notó cómo las manos le temblaban.

—¿Quieres beber?

Malcador dirigió una mirada a una botella que estaba en la mesa entre ambos. Con sólo mencionarlo, Hassan notó la sed que ardía en el fondo de su garganta.

—No, gracias.

Malcador se sirvió lo que parecía vino. Acercó la copa a su nariz aguileña y aspiró el aroma por unos momentos.

—Recuerdo cuando había viñas en Franc —dijo antes de dar un sorbo, paladear el líquido y luego tragar—. Ahora es más fácil crearlo. E incluso sabe igual de bien. ¿No? ¿Cómo podemos saberlo? ¿Quién queda vivo que haya caminado entre las vides de antaño? —apretó los labios, pensativo—. Algunos lo recordamos.

De repente sus ojos se clavaron en Hassan, fijos como los de un depredador.

—¿Qué estabas haciendo en Gipto?

—Misión clandestina, señor. Órdenes de Palacio, máximos secreto, prioridad militar. Nos dieron coordenadas, tiempos y acceso a un transporte del Ejército. Entonces partimos.

—¿Eso fue todo?

—Me proporcionaron la localización de un búnker. Lo comprobé, como siempre. Hasta el final creí que era el correcto.

Malcador asintió.

—Hasta el final.

Hassan notó un calor que le ascendía a las mejillas. Aquella humillación seguía hiriéndolo.

—Quizá si hubiéramos sabido lo que buscábamos…

—Pero eso iría en contra de la propia naturaleza de la acción, ¿verdad? El conocimiento es peligroso en tu profesión. Es peligroso en todas las profesiones. Si de mí dependiera, el conocimiento sería estrictamente racionado. Sólo se le transmitiría a aquellos capaces de emplearlo con sabiduría: una docena de almas, no más. Un imperio infinito pueden dirigirlo doce hombres buenos, siempre que se mantengan fieles a sus juramentos —su expresión se oscureció—. Pero no se puede garantizar que eso siempre sea así, ¿verdad? Incluso los más fuertes tienen sus debilidades. Esa es la tragedia de nuestra especie.

Hassan intentaba seguir la línea de pensamiento de Malcador, pero su mente parecía vagar sin rumbo, pasando de los temas inmediatos a las más lejanas preocupaciones de gobierno galáctico. El capitán se preguntó si aquel anciano estaba del todo cuerdo.

Inesperadamente, el Sigilita sonrió en ese instante. Como todos sus gestos, aquel fue uno ambiguo, a la vez amargo y divertido.

—El Emperador y yo mantenemos un debate, uno que dura muchos años… echo de menos nuestras discusiones ahora que se ha ido. Qué intelecto tan poderoso. Cortante, pero poderoso. Y, en raras ocasiones, incluso con cierto sentido del humor. ¿Te lo puedes creer?

Hassan escuchaba con cautela. No comprendía lo que Malcador quería decir con aquello de que el Emperador se había ido. Por supuesto que no. ¿Dónde habría ido? Quería hacer preguntas, pero Malcador siguió hablando, como si la ausencia del Señor de la Humanidad de su trono eterno fuese algo trivial sobre lo que no mereciera la pena extenderse.

—Éste es nuestro debate: Él cree que el deber de un dirigente es volverse a sí mismo obsoleto, conseguir que su pueblo alcance la madurez suficiente para reemplazarlo. Yo disiento. No creo que nunca maduremos lo suficiente para eso. Creo que nadie salvo Él tendrá nunca la fuerza necesaria para mantener unida a la

humanidad ni por un segundo. Es excepcional, quizá de maneras que ni Él mismo comprende —Malcador miró de soslayo a Hassan con aquella mirada inteligente—. ¿Tú qué crees, Khalid? ¿De qué lado estás, del Suyo o del mío?

Hassan inspiró profundamente. No sabía si sentirse halagado o humillado por aquella pregunta.

—No vaciles. Elige.

—Iba a decir… Iba a decir que el Emperador nos guiará siempre. Eso es lo que he aprendido. En lo que creo.

—Bien dicho. Estás conmigo, entonces. Y tienes razón, por supuesto. Él tiene unas aspiraciones tan altas para nuestra especie… Demasiado altas, quizá, por lo que no puede apreciar siempre Su propia indispensabilidad. ¿Pero estará con nosotros eternamente? Esa es la gran pregunta. Esa es la prueba a la que nos enfrentamos.

El Sigilita juntó las puntas de sus dedos. Parecía distraído.

—La guerra por el Trono ha empezado. En este preciso instante puedo sentir la mirada del Architraidor sobre nosotros, presionando contra mi mente como un cáncer. Oigo las voces de sus hermanos, adulándolo, conspirando con él y contra él. Recuerdo como eran, todos y cada uno de ellos, en su concepción y en su realización. Y veo cómo son ahora, y el oscurecimiento de sus almas me apena. Han liberado fuerzas que no pueden controlar. Les mintieron, y no sólo el enemigo… Es doloroso ser testigo de todo ello.

Hassan se sintió incómodo al oír todo aquello. Por un momento se sintió como un intruso en un momento de dolor privado.

—¿Sabes? Si de todos ellos pudiese salvar sólo a uno, ese sería Lorgar. Incluso aunque me desprecia, incluso aunque una vez me hirió… Era un alma tan frágil, tan sutil y tan propensa al dolor. Deberíamos haber actuado mejor. ¿Cometimos errores con algunos de ellos? Seguro que lo hicimos. Y me temo que el tiempo para enmendar esos errores pasó hace ya mucho.

Hassan siguió mirando, esperando. Poco de lo que el Sigilita relataba tenía sentido para él. Se preguntó si aquello era parte de alguna ordalía o un complicado método para sacar algo de él. En ese último caso era algo innecesario, más cruel de lo que tenía que ser.

El Sigilita lo miró de nuevo, esta vez con una expresión tolerante.

—Puedo sentir tu mente elucubrar. Piensas que todo esto tiene poco que ver contigo. Te equivocas. Tiene todo que ver contigo. Tiene todo que ver con todos nosotros.

Hassan sintió cómo aumentaba su impaciencia. Quería cumplir con su deber, pero no sabía cuál era éste.

—No sé por qué estoy aquí, señor.

—Todavía no, pero lo sabrás.

Malcador se puso de nuevo en pie, aferrando su vara.

—Sígueme.

Hassan se levantó de su silla.

—¿Dónde vamos?

—A las criptas. Donde todo esto empezó. Te aviso: es un largo camino hasta abajo.

No había mucha distancia hasta abajo. Hassan se dejó caer pesadamente hasta el suelo de rococemento a un metro por debajo de la entrada volada en pedazos. Barrió la sala con su fusil, presto a disparar. Mientras lo hacía escuchó la caída y el jadeo de Farouk a su lado.

—¿Sigues por aquí? —preguntó al soldado.

—Tú y yo juntos, como siempre. Acabemos con esto.

La cámara era pequeña, menos de diez metros de lado, con un techo bajo y las paredes cortadas de manera burda en bloques de piedra. Estaba desierta, y olía a moho como una tumba.

Sólo había un objeto en el centro de la habitación: un contenedor de transporte de adamantio reforzado atornillado a un palé de hierro. No era especialmente grande —dos metros de largo por uno de ancho y de alto—, y estaba rodeado por un escudo de energía que vibraba y bañaba la habitación con su luz mortecina.

—Señales aproximándose —dijo Farouk.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —contestó Hassan mientras se echaba el fusil al hombro y se acercaba al contenedor.

—Un minuto. Nada más.

Hassan negó con la cabeza: no era mucho.

—Se han recuperado rápido. Maldita sea.

Sacó cuatro disruptores de un compartimento de su armadura y los colocó cuidadosamente, uno en cada esquina del contenedor. Entonces se apartó, comprobando su alineación antes de activar la onda de interferencia.

El aire pareció deformarse frente a él, hacer ondas como una superficie de agua alterada. Sintió cómo se le encogía el estómago. El campo de fuerza resistió por un momento, antes de desvanecerse con un sonoro chasquido.

Hassan se acercó al contenedor y empezó a acoplarle unas placas de antigravedad. Los imanes de las placas se pegaban fuertemente y éstas empezaban a parpadear, rojo en medio de las sombras.

—¿Han caído ya las defensas antiaéreas?

Hassan había delegado en Farouk las actualizaciones del progreso de la misión.

—Afirmativo.

—¿Y el escudo del recinto?

Hassan ajustó la última placa.

—Desactivado. Todo despejado para nuestra extracción.

Hassan miró a su cronómetro. Muy justo.

—Solicítala.

Activó las placas antigravedad. El contenedor se elevó del suelo, flotando a la altura de sus rodillas. Era pesado, y Hassan escuchó el zumbido de los campos de repulsión que luchaban por mantenerlo a flote.

Farouk volvió a subir a la entrada con dificultad. De esta surgieron dos manos para arrastrar fuera la carga. Lograron que ésta subiera a bandazos, y luego Hassan la siguió.

Una vez reagrupados, los cuatro hombres recorrieron rápidamente el camino de vuelta hasta la entrada del búnker, Hassan a la cabeza y Farouk al final, jadeando pesadamente. El contenedor iba entre ellos, zumbando, gruñendo casi como un bovino arisco.

Hassan se dio cuenta del grueso blindaje. Era un contenedor de los empleados para transportar materiales en una nave capaz de navegar por el vacío: duro, pesado, diseñado para soportar impactos graves.

—Es un arma —dijo Farouk, como si le hubiese leído el pensamiento.

—¿Qué esperabas? Estamos en guerra.

—Estaban intentando sacarla de Terra. Debe de ser muy valiosa. Y ahora nos vamos con ella: alguien va a sentirse terriblemente contrariado.

Hassan sonrió en contra de su voluntad.

—Sigue con los ojos bien abiertos. Si un disparo alcanza esta cosa, el Trono sabe lo que pasará.

Se acercaron con cuidado a la entrada devorada por el ácido.

—Vamos a tener que luchar para salir de aquí, capitán —dijo Farouk tras revisar de nuevo las lecturas del auspex.

—No esperaba menos.

Hassan comprobó el contador de munición y miró los familiares indicadores de objetivos en la pantalla de su casco.

—Escoged bien los blancos, y proteged al transporte cuando llegue.

Los cuatro surgieron de la oscuridad de la entrada y se cubrieron con los restos de escombros que la rodeaban. Hassan apoyó el cañón de su arma en un pedazo de plastiacero que sobresalía. El contenedor flotaba a su lado, apenas a cubierto.

Para entonces todo el complejo estaba ardiendo, voraces llamas iluminándolo por todas partes. Una densa humareda ascendía de los generadores de escudos y de las defensas antiaéreas destruidas. Mientras Hassan recorría la escena con la mirada, pudo ver a los miembros de las otras escuadras luchando por alcanzar su posición.

El destello y los secos estallidos de los disparos láser comenzaron a cortar a su alrededor: las tropas enemigas los habían localizado. Hassan dejó escapar una maldición, devolviendo el fuego, parapetándose en el muro del búnker.

—¿Dónde está la nave? —dijo Farouk entre dientes.

Como si la hubiese invocado, oyeron el ruido de unos potentes motores. El polvo a su alrededor se elevó en furiosos remolinos, y se escucharon los gritos de pánico que los enemigos se dirigían unos a otros.

—Justo a tiempo.

Un segundo después la pesada forma del transporte del Ejército Imperial apareció sobre la muralla y disipó las nubes de humo. El armamento montado en las alas comenzó a disparar, limpiando el parapeto de los centinelas restantes y arrancando esquirlas de rococemento de sus bordes.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Hassan mientras se separaba del búnker.

Farouk iba a su lado tambaleándose, igual que lo hacía el contenedor flotante. Las otras escuadras abandonaron su cobertura y corrieron para travesar en recinto.

La nave de transporte se situó delante de ellos, a pocos centímetros del suelo, con los rotores en ángulo machacando el suelo a su alrededor. La rampa principal descendió en medio del sonido de los pistones, dejando al descubierto su interior iluminado por unas luces rojas.

Los guardias respondieron, dirigiendo sus armas a la nave. Los rayos láser alcanzaron las placas de blindaje, algunos de ellos haciendo hervir partes de ellas. La nave se tambaleo como borracha, golpeada por la lluvia de armas de pequeño calibre, manteniendo su posición con dificultad.

—¡Más rápido!

Hassan vio a sus hombres corriendo a toda velocidad hacia la rampa. Fue el último en alcanzarla, arrasando a Farouk y el contenedor, empujándolos al interior de las fauces del compartimento interior.

—¡Nos están alcanzando! —gritó Farouk mientras se abrochaba las correas de seguridad que colgaban del interior de la nave.

La armadura de Farouk estaba manchada de sangre. Hassan empujó el último cierre con el que aseguró el contenedor a la cubierta del compartimento.

—¡Vámonos de aquí!

La potencia de los motores aumentó y la nave de extracción remontó el vuelo. La rampa terminó de ascender y se cerró herméticamente. Los sonidos amortiguados

de los disparos se fueron desvaneciendo, reemplazados por el de las turbinas que se situaron en su posición final.

Hassan notó cómo la nave ganaba velocidad, virando en la dirección que los alejaría de Gipto y el peligro. Se apoyó en la pared del compartimento, respirando pesadamente. Por unos instantes no hizo nada más.

Después miró a su alrededor. De las tres escuadras iniciales sólo nueve hombres habían vuelto con vida. Los supervivientes se agarraban a las abrazaderas de los bancos con cansancio. Ninguno parecía triunfante. El ambiente estaba cargado con su silencio.

En el centro del compartimento el objeto de la misión permanecía asegurado. El contenedor estaba indemne, no había recibido ni un solo disparo. Permanecía allí, entre las dos filas de hombres, oscuro y pesado como un ataúd de proporciones erróneas. Las luces parpadeaban sobre su superficie acanalada. Parecía casi beligerante.

Hassan se levantó, se acercó a él y comenzó a desactivar los mecanismos de cierre.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Farouk con cierto tono de alarma.

—Hemos perdido hombres por esto. Tenemos derecho a saber por qué han muerto.

Hassan vio pasar a su lado a los sirvientes de Palacio en túnicas bermellón y de color azafrán, a estudiosos de caras pálidas y las espinas dorsales jorobadas por los años de servicio, a los tecnosacerdotes con máscaras de oro y cúmulos de ojos verdes. Cada habitación tenía un aroma diferente, un sonido diferente, un ambiente diferente. Aquellas habitaciones eran como destilaciones de la humanidad, fotos fijas de las opciones de lo que había llegado a ser la especie. Hassan se sentía como hipnotizado. Hubiera querido quedarse allí más tiempo, estudiarlos, saber de las tareas que les habían sido encomendadas.

Malcador pareció leer su mente.

—Ignóralos. Son insignificantes en comparación con lo que voy a mostrarte.

Siguieron caminando. Las luces y el esplendor poco a poco se fueron desvaneciendo. Hassan y el Sigilita descendieron niveles y niveles, bajando en las grises jaulas de antiguos ascensores que colgaban de cadenas gruesas como la muñeca de un hombre.

El calor aumentaba. Era incómodo. Hassan comenzó a tener la impresión de que algo vasto y antiguo los hundía. A su alrededor se desplegaban las raíces sin desbastar de la montaña iluminadas por los charcos de luz que emitían los lúmenes de bronce, oscuras con vetas de feldespatos.

—Cuando lleguemos a nuestro destino permanece cerca de mí. Mientras lo hagas no correrás ningún peligro. Aléjate y morirás. Que no te engañe lo que veas: no todos los centinelas allí abajo son visibles.

Hassan asintió, sin decir nada.

Al final alcanzaron el fondo, el corazón mismo de la montaña. La jaula se detuvo y sus puertas se abrieron. Una caverna abovedada se extendía hasta donde alcanzaba la vista, su suelo parecía de ónice pulido, y su vacía vastedad sólo era rota por inmensos pilares de piedra esculpida. Parecía abrirse como una boca a la oscuridad del inframundo, tan silenciosa e inquietante como ajetreados habían sido los niveles superiores.

—Inmensa —dijo Hassan para sí—. Y bajo mis pies todo el tiempo. ¿Cómo puede un sitio así permanecer oculto? ¿Cuántos saben de él?

Sólo unas pocas figuras se movían sobre aquel suelo vidriado: altos adeptos del Mechanicum en túnicas rojo sangre, silenciosas mujeres de caras pétreas que lucían ornadas armaduras con largos mantos ribeteados de pelaje, enormes centinelas envestidos de barrocas servoarmaduras doradas y que esgrimían lanzas de energía que vibraban fieramente. Estos últimos eran, según sabía, los custodios: los guerreros de la legión misma del Emperador. Hassan se descubrió sudando de nuevo.

El Sigilita seguía avanzando por la caverna, el metal del extremo de su vara repiqueteando mientras se movía. Ninguna de las otras figuras parecía reconocerlo.

Parecían muy preocupadas. Aquellos cuyas caras eran visibles mostraban expresiones de resolución concentrada. Algunos lucían signos de fatiga extrema.

Hassan lo siguió. Aquel lugar era casi demasiado extraño para aceptarlo: una austera y murmurante cripta de sombras enterrada bajo los cimientos del mundo.

—¿Qué lugar es éste?

Hassan, sorprendentemente, estaba teniendo dificultades para seguir el paso del anciano.

—El principio —respondió Malcador—. Y quizá el fin.

Siguieron avanzando. Hassan vio que a ambos lados el corredor se ramificaba en túneles que descendían en las entrañas de la roca. Algunos mostraban eran del tamaño de un hombre, otros era huecas avenidas por las que podrían haber caminado un titán. Captó también el aroma de incienso, y percibió un ligero temblor sísmico bajo sus pies. A intervalos, el suelo se sacudía, como alcanzado por las ondas de lejanos terremotos, aunque ninguna de las silenciosas figuras parecía reaccionar ante ello.

—Están… consumidos.

Hassan no tenía intención de hablar, pero sus pensamientos se escaparon de entre sus labios como si tuvieran necesidad de romper aquel opresivo silencio.

El Sigilita se detuvo a considerar sus palabras. Inclinó la cabeza al contemplar las figuras a su alrededor.

—¿Y cómo si no podrían estar? Residen en los salones olvidados de los dioses, absorbidos por sus tareas. No pueden detenerse ni un segundo a reflexionar. Ninguno de nosotros podemos —una fina sonrisa cruzó su cara—. Ese, por supuesto, es el origen de todo lo que ha ocurrido. «Nunca tuvimos tiempo de reflexionar.» Un epitafio apropiado para una especie insolente.

Se puso a caminar de nuevo y Hassan se apresuró a seguirlo.

Tras un tiempo el Sigilita se detuvo frente a la entrada a otro túnel. El olor de productos químicos exhalaba del hueco. Había veinte signos grabados en medallas sobre el dintel de granito, la mayoría sólo parcialmente visibles en aquella penumbra. Hassan creyó ver una cabeza de lobo, una serpiente, un ángel y otros emblemas indistinguibles; también le pareció que dos de ellos habían sido desfigurados.

El Sigilita los estudió por un momento. Su cara era sombría.

—Ahí fue donde los concebimos. Los archivos aún deben de estar dentro: Sus notas, los primeros estudios. Por lo que sé, puede que incluso queden algunos de los primeros bancos genéticos. Todo descartado cuando construimos el laboratorio principal. Triste, en el fondo.

Hassan miró el largo túnel. No alcanzaba a ver mucho.

—¿Ahí es donde vamos?

El Sigilita negó con la cabeza. Su vara comenzó a repiquetear de nuevo.

—Ya nadie va allí.

Siguieron avanzando, pasando por delante de más arcos abiertos a profundas cavernas en una oscuridad permanente. A medida que la extensión de aquel reino subterráneo se hacía más patente, Hassan comenzó a sentir una extraña sensación de desazón. El complejo al completo era evidentemente una obra de siglos, una ciudad enterrada oculta a los ojos de mundo bajo toneladas de roca. Y la mayor parte estaba desocupada, abandonada para que se pudriese entre los ecos como las tumbas de antiguos reyes. Y había tanto sin terminar…

Algo había ido terriblemente mal.

Hassan se preguntó dónde estaba el Emperador. ¿Aún caminaba por aquellas salas? Aquel pensamiento le produjo escalofríos. Por primera vez se preguntó si existían cosas peores que una guerra civil contra un Señor de la Guerra renegado. Si todo aquello permanecía adormecido en cámaras semiderruidas enterrado en la misma corteza de Terra, entonces no estaba seguro de si quería descubrirlas.

—Hemos llegado.

El Sigilita se detuvo abruptamente frente a una puerta sellada con grandes barrotes de hierro. Su superficie estaba cubierta por púas metálicas y asegurada por candados, como las de las cámaras de tortura de un pasado perdido en las mortajas del tiempo. Al verla, Hassan casi no pudo controlar un estremecimiento.

—¿Vamos a entrar?

—Todavía no. Primero, cuéntame cómo fracasaste.

Hassan agarró los cierres y tiró de ellos. Con los sellos rotos, se retiraron con facilidad. Farouk y los demás no dijeron nada, pero todos lo miraron desde los bancos corridos del compartimento de la nave. La tapa se levantó unos centímetros, gruesa como su propia mano. Hassan metió los dedos y con una presión muy ligera la tapa se retiró unos centímetros. Inmediatamente ascendió el olor a polvo viejo, e inmediatamente también tuvo el primer mal presentimiento. Terminó de retirar la tapa. Sólo había un único bulto en el interior del contenedor, envuelto en lo que parecía un saco de arpillera. Sacó un cuchillo de su bota y empezó a cortar.

Incluso cuando ya había visto lo que había en su interior siguió cortando. No paró hasta que retiró hasta el último pedazo del saco para estar seguro. Al final se quedó en pie, rígido, sin poder apartar la vista de lo que había. Se sintió enfermo, mareado. Miró a otro lado para recuperarse.

—¿Qué es? —preguntó Farouk.

Hassan no pudo responder inmediatamente. Un sentimiento de doloroso vacío lo inundaba, ahogando su respuesta. Cuando habló su voz sonó estrangulada.

—Nada. Nada en absoluto.

Farouk se desabrochó las correas de seguridad y se acercó tambaleante hasta asomarse al contenedor. Miró dentro y vio lo que Hassan había visto.

—Oh.

Dentro lo que había era un gran pedazo de piedra, granito quizá. Un pedazo de piedra como los miles que había esparcidos por el desierto que rodeaba el complejo que habían asaltado, cubierto por la suciedad arrastrada por el viento y con un fisura a lo largo de uno de los lados. Llenaba casi la totalidad del interior del contenedor: era lo suficientemente pesado para parecer importante, quizá con el peso de la plataforma desmantelada de un Rapier. Tenía una forma ligeramente ahusada, pero salvo eso no era más que un bloque de roca corriente. Una vez pudo haber sido un bloque de alguna construcción, descartado en medio de los escombros de alguna antigua demolición y abandonado al viento del desierto.

Farouk no habló hasta unos minutos después.

—Sabían que veníamos.

Hassan asintió.

—Nos han engañado. Desde el principio.

—¿Entramos en el búnker correcto? —preguntó Faoruk.

—Sí.

—¿Seguro? Quizá…

—¡He dicho que entramos en el búnker correcto!

Farouk se apartó del contenedor. Nadie más habló. Los propulsores de la nave tronaron con furia.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué me recomiendas? —Hassan miró a la rampa de la nave—. Debería arrojarla, enviarla de vuelta al desierto del que ha salido.

Dejó caer los hombros, agotado.

—¿En serio?

Hassan miró a Farouk, sonriendo amargamente, y negó con la cabeza.

—No te preocupes. Nuestra misión era llevarnos con nosotros este contenedor, y eso es lo que vamos a hacer.

—Alguien tendrá que dar explicaciones por esto…

Hassan se sentó, apoyando la espalda contra la pared de la nave, notando cómo comenzaba un fuerte dolor de cabeza.

—Oh sí, lo sé, ¿pero ante quién? ¿Quién ordenó la misión? —el transporte siguió avanzando, acercándolos inexorablemente a las consecuencias de su fracaso—. Supongo que lo descubriremos muy pronto…

—Una piedra.

—Sí, señor. Nos engañaron.

—Ya veo.

El Sigilita se volvió hacia la puerta. Los cierres se abrieron. La gran hoja cubierta de púas se desplazó hacia el interior, chirriando sobre sus goznes. Malcador alzó un largo y huesudo dedo y una suave luz ascendió desde el suelo.

—Vamos.

La cámara era pequeña en comparación con las otras que habían visto —sólo unos cien metros de longitud, quizá—, con un techo bajo y las paredes sin desbastar. Unas vitrinas se situaban a intervalos regulares. Cada una tenía una forma y un tamaño distinto, y descansaban sobre pedestales de mármol. Algunas eran tan atas como Hassan, otras no mayores que su puño. Cada vitrina era oscura, y brillaba suavemente como cristal tallado.

—Antes de la Unidad, antes de los Conflictos —Malcador avanzaba entre las vitrinas como un fantasma encorvado—. Construimos estos salones. Los

construimos para que perduraran. Sólo después otros hombres alzaron sus torres sobre ellos, enterrando nuestros secretos bajo los suyos. Éste es el último repositorio de los Sigilitas. Nos vigilan guardianes que no duermen y estamos rodeados por antiguas guardas que los protegen de la ruina. Aquí es donde se conservan las creaciones más poderosas y peligrosas de nuestra especie. Deberías sentirte privilegiado, Khalid. No hay muchos hombres que hayan visto estas cosas.

Mientras el Sigilita caminaba, dirigía un gesto a alguna de las vitrinas. Cuando hacía eso se iluminaban, exponiendo los objetos en su interior.

—En ocasiones aún me hace sentir orgulloso. El Palacio es Suyo, por supuesto, y siempre lo será. Pero está construido sobre una estructura mucho más antigua. La cuna de mi orden. Estos son los cimientos de la fortaleza original, preservados en las profundidades, una reliquia de otra era. La recuerdo, muy pocos pueden decir eso. Sólo los que perduran a través de los ciclos de las edades, pero somos una hermandad desperdigada.

Hassan vio una larga espada curva grabada con una escritura fluida. Vio libros, cuyas cubiertas de metal estaban marcadas por la pátina de eras, asegurados con cierres y rodeados de cadenas. Vio armaduras en caballetes de hierro: algunas de un diseño imposiblemente antiguo, placas de metal bruñido entrelazadas con mallas de cadenas; otras parecían más modernas, como servoarmaduras medio desmanteladas de las Legiones Astartes. El Sigilita se detuvo frente a una de ellas.

—La primera. Un punto de partida simple en comparación con todo lo que vendría después. Pero muy efectiva.

Hassan dejó que su mirada vagara entre las vitrinas.

—Son armas. Herramientas para la guerra.

—Algunas lo son —Malcador comenzó a caminar de nuevo, dirigiéndose hacia el fondo de la cámara—. Nuestra especie se define por muchas cosas. Mientras pervive, mientras crece, crea artefactos. Deposita su genio en estas cosas. Éstas se convierten en parte de su alma, un registro de su psique. Creamos. Moldeamos, construimos, hacemos. Esa es nuestra esencia, lo que nos distingue de las bestias, que no pueden, y de los dioses, que no se rebajan a ello.

El Sigilita hizo un gesto a una vitrina mucho más pequeña a su izquierda. Contenía uno de los muchos libros que había en la cámara.

—Hubo un tiempo en que este libro gobernó las vidas de trillones. Nadie lo lee hoy en día, pero su poder persiste, enterrado profundamente en las partes latentes de nuestras mentes. Lo he estudiado durante mucho tiempo. Si no fuese tan peligroso, te recomendaría que hicieras lo mismo —sonrió en la oscuridad—. «Vanidad de vanidades, todo es vanidad.» Quizá esa es la mayor verdad de todas.

Finalmente Malcador se detuvo frente a otra vitrina grande y cuadrada. Era tan alta como él, pero más ancha, y permanecía apagada, opaca.

—Si el Palacio sobre nosotros fuera destruido, ¿cuánto se perdería? Muchos palacios se han levantado y han desaparecido, incontables guerras se han luchado. Pero todo esto son los tesoros de nuestra especia. Sin ellos somos como niños perdidos en la noche. Náufragos. Huérfanos.

La vitrina frente a ellos se iluminó, revelando su contenido.

La piedra de Gipto estaba allí, pero había cambiado. Le habían limpiado el polvo, dejando al descubierto su suave superficie. Hassan pudo ver palabras y glifos en su cara visible, cientos de ellos, todos grabados en estrechas y densas líneas.

—No es un arma.

—No, no es un arma. El enemigo no busca sólo destruir nuestras fortalezas y nuestras astronaves. Busca destruir todo aquello que nos hace ser lo que somos. Busca derribar cada logro, cada marca de nuestra superación, borrar el pasado, hundirnos en el olvido —Malcador se quedó mirando la piedra—. Yo soy el guardián de tales cosas. Dorn es más que capaz de encargarse de nuestras defensas físicas: mi tarea es la de preservar el alma de nuestra especie.

Hassan se acercó al cristal. Pudo ver algunas formas pictográficas en la parte superior de la piedra, algunas muy similares a las de los símbolos en el dintel que daba al vacío.

—¿Qué es lo que pone?

El Sigilita sonrió.

—Es el registro de una antigua conquista. Algunas ironías nos han estado esperando por milenios.

Malcador fue indicando con un dedo una línea de texto mientras leía en voz alta.

—«El dios manifiesto protege a todos aquellos sujetos a su reinado. Él, siendo un dios, el hijo de un dios y una diosa, como Horus, hijo de Isis y Osiris, que protege a su padre.» Como Horus, que protege a su padre. Qué oportuno, ¿verdad?

Hassan no pudo sonreír.

—Luego éste sí era el objetivo.

El Sigilita asintió.

—Hiciste lo que se te ordenó. Esto es lo que los antiguos llamaron la Piedra de Rosetta. Deseaba tenerla. El enemigo deseaba tenerla. Tus acciones nos han otorgado una pequeña victoria frente a la ola de derrota. Creo que ha merecido la pena, a pesar del precio.

Hassan entrecerró los ojos, observándola más atentamente.

—¿Por qué la querían?

—Es un símbolo. Representa la recuperación del conocimiento perdido, la continuidad de la civilización. Si se la hubieran llevado la habrían destruido. Una pérdida trivial, puedes pensar, frente las muertes de billones que están por llegar, pero para mí habría sido un daño atroz.

Los ojos de Malcador no se apartaban de la piedra. Brillaban húmedamente en la oscuridad, como si una intensa emoción presionara contra su alma.

—Cuando todo esto acabe, si salimos victoriosos, tendremos necesidad de todas estas cosas. Deberemos recuperar estas herramientas de la iluminación para no olvidar jamás lo cerca que estuvimos de hundirnos en la barbarie y el despotismo. No sé si lo veré, pero ese es mi deber, como siempre lo ha sido: protegernos del olvido —se volvió hacia Hassan—. Si no fuera por esto, podríamos ganar la guerra y perder de vista por qué luchamos. Iluminación, Khalid. Progreso. Ascensión hacia algo mejor. Eso es lo que estamos luchando por preservar.

Hassan apartó la mirada y recorrió aquella colección de objetos.

—Aún no me habéis dicho qué hago aquí.

—No, todavía no —el Sigilita comenzó a dirigirse de vuelta a la entrada—. Aún hay una cosa más que quiero enseñarte.

A medida que caminaban los temblores que Hassan había oído aumentaban su intensidad y frecuencia. A veces daba la sensación de que el suelo al completo se resentía, fino y frágil como una piel de tambor.

—¿Qué es eso?

El Sigilita se detuvo.

—Te lo he dicho. La guerra ya ha empezado. Estamos cerca de su corazón. Habrás oído rumores de que el Emperador está ausente, de que ha olvidado a su pueblo. No es cierto. Él nunca nos olvida. Pero no puede regresar, no ahora que el sello se ha roto —apretó los labios, y su expresión se endureció—. A decir verdad aún no soy capaz de culpar a Horus. Hasta que no lo vea, cambiado por los poderes que lo han consumido, no seré capaz. Pero sí culpo a Magnus. De todos ellos, él es quien debería haber sido el más sabio. Teníamos tantas esperanzas depositadas en Magnus —negó con la cabeza amargamente, antes de seguir caminando—. Tantas esperanzas…

Siguieron descendiendo por una escalera de espiral cortada en la roca viva. El aire comenzó a oler a metal quemado. Se cruzaron con más custodios, muchos de los cuales lucían quemaduras y profundos cortes en sus relucientes servoarmaduras. Las paredes mismas temblaban.

Llegaron a una gran sala, una que eclipsaba a todas las que anteriormente habían recorrido. Sus techos desaparecían en la oscuridad, perdidos entre las sombras. Unos inmensos incensarios colgaban de cadenas de hierro, sus vientres refulgentes de rojos carbones. Allí había reunidos más custodios junto a las guerreras silenciosas. Ninguno de ellos prestó atención a Hassan. Todos miraban al centro de la pared más lejana, donde un par de puertas gigantescas, cada una de la altura de un titán Warlord, cada una cubierta por una profusión de iconos míticos y astrológicos, un tumulto grabado en oro de líneas de serpientes, lobos y ángeles que se solapaban y se entrecruzaban.

Unos impactos como truenos llegaban desde más allá de las puertas. En algunas ocasiones parecía que éstas apenas aguantarían, a pesar de su colosal tamaño.

Hassan retrocedió, abrumado por la escala que imaginaba del conflicto que debía de estar desarrollándose al otro lado.

—Éste es el borde exterior. Una docena de puertas como éstas se interponen entre nosotros y el horror, e incluso así puedes sentirlo.

—No puedo entrar ahí —susurró Hassan con esfuerzo.

—No, no puedes —la cara de Malcador se ensombreció al mirar hacia las puertas, sus ojos brillaron en la oscuridad—. Ni siquiera yo puedo. Estas puertas no se abrirán hasta el final.

Hassan no podía apartar los ojos de ellas. Los ruidos del más allá eran horribles. Le pareció que oía ecos de unos gritos sobrenaturales, la descarga de energías terribles e inhumanas.

—Ningún arma que hubieras podido traerme sería comparable a las que se están empleando ahí. Ninguna guerra ha sido más salvaje, y aun así su existencia no se sabrá nunca. Cualesquiera horrores que estén destinados a darse en el universo material palidecen en comparación. Estamos en el umbral, capitán. Ésta es la auténtica batalla por el alma de la humanidad.

Hassan apenas podía controlarse.

—Y Él… ¿está ahí?

—Sí.

Hassan se sintió desfallecer. El pensamiento, la mera idea de que algo pudiera sobrevivir a aquel maelstrom oculto parecía imposible. Su imaginación fallaba. Aquello era demasiado inmenso para procesarlo.

—Nunca tendrás que atravesar esas puertas, Khalid. Sólo te las he mostrado para que comprendas.

Después de unos minutos, el Sigilita se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Hassan lo siguió.

—Por ahora yo también permaneceré en este lado, soportando lo que deba soportar para preservar el legado de nuestra especie. Pero llegará un tiempo en que tendré que dejar eso a un lado y tomar una decisión. Cuando ese momento llegue, otros deberán continuar mi labor. Así que déjame decirte por qué te he traído aquí —Malcador clavó los ojos en Hassan, su mirada casi dolorosa en su intensidad—. Reúno individuos al igual que piedras, almas íntegras capaces de reconstruir lo que se perderá. Algunos son guerreros, algunos maestros con poderes psíquicos, algunos meramente mortales. Todos ellos serán necesarios. Serán mis elegidos, las semillas de las grandes cosas que están por llegar. Necesito discípulos para mi repositorio, acólitos que guarden sus tesoros cuando yo no pueda. Necesito almas que guarden las llamas de la iluminación y luchen contra la ignorancia que se avecina. La cadena eterna no debe romperse, incluso si yo sí lo hago —el Sigilita de detuvo—. ¿Te unirás a mí, Khalid? ¿Te unirás a esta hermandad?

Cuando llegó la pregunta Hassan no se sorprendió. No vaciló. Súbitamente todo pareció encajar, como si aquella decisión hubiera estado esperándolo toda su vida.

—Es mi deber. Haré lo que me ordenéis.

—No es una orden, capitán. Las órdenes son para señores de la guerra y primarcas. Yo meramente creo posibilidades. Pero estoy satisfecho.

Malcador reanudó la marcha, pero Hassan permaneció donde estaba.

—Disculpad… —Hassan miró por encima del hombro hacia las puertas doradas que temblaban—. Habéis dicho que tendréis que tomar una decisión. ¿Puedo… podría…?

—¿Cuál es? —el Sigilita sonrió, aunque el gesto era amargo, como de comprobar cómo se rompe una promesa mantenida toda una vida—. Todos tenemos nuestros miedos, Khalid.

Pensando en aquella críptica respuesta, Hassan se quedó mirando la cara de aquel anciano. Por primera vez no sitió su aura de tremendo poder, ni el peso de su arcana sabiduría.

Por un momento vio fragilidad. Por un momento vio temor.

—Pero nada es seguro. Hay esperanza. Siempre hay esperanza.

Con esas palabras Malcador siguió caminado por aquellas catacumbas, el extremo de su vara repiqueteando contra la piedra.

Hassan se quedó mirándolo: el regente de Terra, el señor de incontables billones, la mano vengativa del Emperador. En ese instante, al menos para él, el Sigilita no parecía nada de aquello. Para Khalid Hassan —anteriormente capitán de la 4.ª Clandestina Orta, entonces uno de los elegidos de Malcador— no parecía más que un anciano, consumido por una eternidad de servicio, tambaleándose en la oscuridad.

Hassan sintió una puñalada momentánea de lástima. Después se recompuso, marchando para alcanzar al Sigilita, sin mirar atrás a las puertas selladas que daban al infierno sino hacia las escaleras que llevaban de vuelta a las luminosas terrazas del Palacio imperial. Allí arriba aún podría ser posible olvidar los gritos fracturados de la terrible batalla que rugía en sus profundidades.

Allí arriba, por el momento al menos, el sol brillaba todavía.

FIN DEL RELATO